



COETZEE, J. M.: Infancia .

Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L. Barcelona, 2003. 171 Págs.

Título original: *Boyhood. Scenes from Provincial Life*

Traducción: Juan Bonilla

Tema: Vida en Sudáfrica.

“No soy anuncio de comunidad o cualquier cosa. Soy alguien que tiene insinuaciones de la libertad (como cada preso encadenado tiene) y construye representaciones de la gente que desliza sus cadenas y que da vuelta sus caras a la luz”

J. M. Coetzee

Estas palabras, pronunciadas no hace mucho por el Nobel de Literatura del 2003, sintetizan verazmente la esencia de su escritura, de ese mensaje, que, cual sedimento, va quedando en quienes se aproximan a su obra. En estas memorias de infancia el autor plasma sus sentimientos durante unos pocos años en los que su vida pasó de una, en apariencia despreocupada infancia a su entrada en la preadolescencia a medida que va descubriendo el entorno en el que vive, las personas que conforman su familia y sus compañeros y profesores con no poco desengaño. Son las impresiones de un descendiente de colonos que descubre cómo esa tierra por la que siente tanto arraigo, no es suya, y cómo, detrás de todo persiste una política de opresión y desplazamiento orquestada por los de su propia raza, que eventualmente él está llamado a preservar.

La historia inicia cuando John Michael Coetzee tiene apenas diez años y vive en Worcester, un suburbio blanco al norte de Ciudad del Cabo con su hermano menor, un chico que no siempre es el compañero de juegos ideal, una madre por la que siente un cariño ambivalente, ya que, a pesar de que su vida parece girar en torno a ella como su adoración y la fuente del amor, también la odia por vivir con su padre, por ser una ama de casa sumisa aunque posea una profesión como maestra de provincias. Y está su padre, un hombre que participó en la Segunda Guerra Mundial como miembro de uno de los regimientos sudafricanos y que al volver, luego de cuatro años sin noticias, ocupa de nuevo su puesto en la familia.

Pero todo ha cambiado, esa figura paternal no convence a un niño que pasó sus primeros años de vida con una madre solitaria y triste en condiciones más que precarias. Una madre a la que él veía llorar en medio de la noche sin saber ni entender las razones. Ese padre se convertirá en un frecuente motivo de descontento para el niño, no soporta su olor en las mañanas ni sus pasos por la casa al llegar en la tarde, detesta lo que representa así como a sus tíos y a todos esos hombres que pretenden llevar una vida

lejos de los “salvajes”, que imitan los modelos de comportamiento de sus padres y no esperan otra cosa que emularlos de la mejor manera.

En esta novela Coetzee vuelve a la carga con su discurso en contra del apartheid, en contra de las lamentables consecuencias del colonialismo en su tierra natal. Pero ahora lo hace desde su propia historia. Desde lo que sintió cuando, de niño, se percató de cómo era su país, de cual era su historia y de cómo coexistían diferentes razas segregadas entre sí por unas normas dictadas desde la metrópoli muchos años antes de que él naciera. Normas obsoletas que poco a poco se habían vuelto en contra de quienes las aplicaban: de gente como sus abuelos, sus tíos y su padre, cuyas vidas transcurrían opacas y sin esperanza, dueños de tierras pero prisioneros en ellas mismas, cercados por empalizadas para siempre infranqueables.

Esa situación despierta multitud de sentimientos en el infante. Sabe de su arraigo por la tierra en la que sus abuelos hicieron vida, pero a la vez entiende que no es su tierra, pertenece más a los esquiladores y peones de las granjas. Adora a Inglaterra y su idioma pero siente que debe aprender el afrikaner; en la escuela aparece como un niño obediente y estudioso mientras que en su casa trata con despotismo a su madre. Decide entonces que será un hombre diferente y siente sus primeras inclinaciones por las letras, por plasmar en el papel su rabia e inconformidad, pero eso que escribiría, “sería más oscuro, algo que, una vez empezara a fluir de su pluma se extendería por las páginas sin control, como tinta derramada. Como tinta derramada, como sombras corriendo por la superficie de un remanso, como un relámpago desquebrajando el cielo.” (Págs. 144 – 145)

El libro está escrito en tercera persona, desde la perspectiva de alguien que vio todo desde dentro y lo puede contar, no como una historia particular sino como el inicio de la historia de muchas otras personas que también vieron lo que él, pero, a diferencia suya, no hicieron nada para cambiarlo y terminaron viviendo unas vidas “... insulsas y llenas de problemas” (Pág. 165) como las de sus padres. Pero su caso es diferente, le interesa manejar su vida “... viviendo la única historia que está dispuesto a aceptar, la historia de sí mismo” (Pág. 165).

Infancia, es una obra que, a diferencia de otras tan importantes y polémicas del autor como *En medio de ninguna parte* (1977) y *Esperando a los bárbaros* (1980) fue escrita a la luz del año 2000, cuando ya el apartheid se había desmontado y era posible apreciar sus dolorosas consecuencias en una sociedad que por falta de educación se había contagiado de virus y enfermedades mortales y permanecía sumida en la violencia. Antes como ahora, la literatura de Coetzee es un testimonio lúcido y desgarrador de la vida colonial que durante tantas décadas se impuso en tierras africanas.

Hernán Mauricio Prada Chacón
Marzo 2004

Público: General. Aficionado a la literatura contemporánea.